

EL ELEGIDO

La brecha en la muralla exhala fuego y hedor a cadáver. Como una herida que gangrena, recorre el interior de la ciudad, dormida, más bien muerta. Gastone de Foix duerme tranquilo en la fortaleza conquistada, sobre un lecho de sangre derramada en vano, pero con el orgullo de la victoria.

No se puede imaginar que no lejos de la Rocca, un grupo de bescianos resistentes, al calor del hogar de la locanda cerrada a cal y canto, prepara la resurrección del ánimo lombardo, tan mermado tras la invasión francesa.

Son cuatro jóvenes embozados, hijos de las mejores familias brescianas, portadores de todos los valores de su pasada gloria militar.

Gualterio Della Buffala, el mayor y el más fuerte, no aprueba el plan. La duda del triunfo y la desazón de la víctima elegida le corroen el corazón. Debería ser él el elegido, el encargado de rematar la hazaña, pero no puede ser. Nació para recorrer otra senda: para guiar a los supervivientes de la tragedia en la reconstrucción de Brescia; hacerla renacer como Ave Fénix de sus cimientos, alrededor del viejo Duomo que sigue en pie como un coloso de piedra, cansado de tantos enemigos que anhelan poseer esa tierra de riqueza.

Ferrolano Matteolazzo es fiero, pero no tan valiente como el elegido. Sabe cuál es su función y la cumplirá a buen seguro: sueña con rebanar el pescuezo de ese petimetre francés que ha sitiado y derrotado su ciudad y su vida. No deja de acariciar la cítara, brillante como mil lunas, que cierto toledano de piel cetrina le regaló cuando le salvó la vida en Nápoles hace unos años.

Umbertino Fuccolo permanece callado; se muerde las uñas y se toca la tonsura sudorosa. Ha dejado de rezar, ya casi no cree en nada. Hace dos semanas un destacamento de perros franceses aniquiló, exterminó y destruyó su monasterio. Umbertino no puede perdonar a esos gavachos incultos y deslenguados, no ya la matanza de sus hermanos, sino la destrucción de los frescos, de las esculturas, de los relicarios, de toda la belleza que el monasterio de San Pietro Maggiore guardaba intramuros.

La cuarta persona se encoge, con la cabeza cubierta, en la sombra del rincón, reclinada en su silla. La lumbre no la alcanza y crea un juego de luces fantasmagóricas sobre su rostro. Dos ojos negros noche, encendidos como el carbón, acechan desde la penumbra y vigilan cada resquicio. Es el elegido y eso le llena de una paz que no ha

sentido desde su niñez. La suerte así lo ha determinado. Mañana será el gran día. Todos lo saben.

Dormirán poco y mal, escondidos en las cocinas de la locanda, a salvo de los centinelas que recorren la ciudad ajusticiando a todos los brescianos que no se rindan al poder francés.

Amanece una mañana de humos y gritos en los callejones más umbríos. Dentro de pocas horas se celebrará el solemne acto por el que se considere oficialmente conquistada Brescia. El momento de gloria de Gastone de Foix. La certeza de que todos los brescianos pertenecen a la corona francesa y son súbditos de ese bárbaro que los ha dominado.

Todo parece preparado en la Piazza Della Loggia para el espectáculo. Los soldados han rodeado un pequeño tablado levantado para su señor, y otra guarnición se encarga de retener al público detrás del vallado en torno a la plaza. Muchos más soldados merodean por las calles, callejuelas y alrededores de Brescia. Hay que evitar cualquier levantamiento.

Nadie se ha percatado del grupo de cuatro comerciantes de mercachifles que piensan hacer su agosto durante la toma de Brescia. Parecen leprosos, gentes del norte, bárbaras, sucias, paganas sin duda.

Entre salvas y cañonazos, un heraldo da la señal de comienzo de la celebración. ¡Cuánto orgullo lombardo herido y esclavizado!

Gastone hace su aparición como si de un ser divino se tratara, entre tímidos vítores de los suyos y el silencio temeroso del pueblo asustado que asiste al esperpento. En el tablado cuadrulado, elevado treinta pies del suelo, hay un podio en el que Gastone jurará las palabras pertinentes, elevará sus ojos al cielo y sólo contemplará la eternidad de la gloria y el Campanile del vetusto Duomo.

Se realizan algunas danzas, una especie de torneo desfasado y varios espectáculos carentes de interés y belleza. El reloj de sol del campanario va acercándose al mediodía, aunque el sol parece tan derrotado como el resto de brescianos. Una somera llovizna, sutil pero persistente, comienza a empapar los suelos y las cabezas. Resulta un halo liberador de tanto tedio y sobreactuación militar.

Gastone intenta acelerar su instante de gloria. Ni la lluvia ni las caras de náusea de esos asquerosos lombardos podrán impedir su triunfo. Oye a sus espaldas cierta jácara y se vuelve, disgustado. Sólo son tres vendedores ambulantes haciendo sonar unos crótalos de conchas.

Enseguida se olvida de esos mezquinos y comienza su arenga. Voz engolada, palabras altisonantes, sonidos guturales que desagradan al público, aunque nadie se atreve a intervenir. Sólo lleva diez minutos hablando cuando un trueno desgaja el gris del cielo y amenaza con abrasar cualquier resquicio de vida en aquella plaza.

Las palabras se atropellan en su boca, ya que el trueno le ha revelado que hay sombras acechando en la oscuridad. Va a concluir. Sólo falta la amenaza y la exaltación de gloria.

Se ha librado del peto metálico que porta cuando planta batalla. En su lugar lleva una capa de seda granate, con un cuello de piel ocre. Se siente libre para elevar su brazo hacia el firmamento y exclamar sus proclamas de victoria.

El trueno ha iluminado el Campanile y sólo Gastone puede ver cómo una sombra voladora se ha arrojado desde lo más alto, justo en el momento en el que estaba finalizando su arenga. La sombra es más veloz que Gastone. No le da tiempo a reaccionar. Todos, franceses y brescianos, pueden ver ahora que la mancha voladora es el cuerpo de una mujer pájaro que porta una espada tan reluciente como el trueno preliminar.

Todo ha terminado y ha comenzado a llover a cántaros. Gastone yace en el suelo, con la cabeza ensangrentada y la espada clavada en el abdomen. Sobre él, el cadáver de una hermosa joven, de nombre Selvaggia della Buffala. Unos preciosos bucles pelirrojos impiden ver los daños que la caída ha causado, pero sigue siendo una mujer bella y feliz, la más bella y feliz de Brescia, de una Brescia libre de franceses y de cadenas.